

ANCIANOS Y MUJERES ANTE EL FUTURO

**Activistas y líderes en nuevas
formas de sociedad civil**

Víctor Pérez-Díaz

ASP Research Paper 69(a)/2007

Sumario

1. Ancianos activistas ‘versus’ situaciones de “estado-dependencia”
2. Mujeres y variantes de liderazgo

Bibliografía

Publicado en *Claves de la razón práctica*, 83, 1998.

Víctor Pérez-Díaz, Catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid; y ASP, Gabinete de Estudios

ASP Research Papers

Comité de Redacción /Editorial Board

Víctor Pérez-Díaz (director)
Berta Álvarez-Miranda Navarro
Joaquín Pedro López Novo
Josu Mezo Aranzibia
Juan Carlos Rodríguez Pérez
Fernando González Olivares (redactor jefe)

Comité Científico Internacional /International Scientific Committee

Daniel Bell (American Academy of Arts and Sciences)
Suzanne Berger (Massachusetts Institute of Technology)
Peter Gourevitch (University of California, San Diego)
Peter Hall (Harvard University)
Pierre Hassner (École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris)
Kenneth Keniston (Massachusetts Institute of Technology)

© Víctor Pérez-Díaz

Este trabajo no podrá ser reproducido en todo
o en parte sin permiso previo del autor

Depósito legal: M-6126-1994
ISSN: 1134 - 6116

En este ensayo tomo las tendencias demográficas en curso como punto de partida para abordar algunos problemas de nuestras sociedades contemporáneas, con España como ejemplo o referente. Me interesan los problemas de la formación de órdenes (o desórdenes) espontáneos en estas sociedades, no como resultado de designio deliberado alguno, sino como consecuencia inesperada, o a medias esperada, de cambios en los hábitos y las pautas de conducta de los grupos de edad y los de género. Y me interesa especialmente comprender la contribución de estos cambios a la formación de distintas variantes de un orden singular, el propio de una sociedad civil.

Permítame el lector que, antes de entrar en materia, haga dos brevísimos comentarios preliminares, uno sobre el título y otro sobre el concepto de sociedad civil. Para empezar, el título resume otro anterior más amplio que era el de “Ancianos y mujeres como portadores potenciales de una visión distinta del futuro”. Con él no pretendía ni pretendo anticipar el argumento de que los ancianos y las mujeres van a suplantar, o pueden suplantar, a otros (supuestos) héroes colectivos de la historia, como lo han sido las clases sociales o las naciones con un destino universal. Doy por supuesto que estos héroes, o más bien estos fantasmas, son insustituibles, y a quienes algún día creyeron en ellos les sucede como a esos adultos a los que nadie podrá reemplazar jamás los Reyes Magos de su infancia. El título amplio es, por tanto, alusivo no a un protagonismo histórico, sino a una suma de experiencias (hábitos y pautas) que puede ser leída como si conllevara un mensaje de valores y reglas de conducta susceptibles de ser aplicados con cierta generalidad al conjunto del orden social, y un mensaje que apunta hacia un orden compatible con el modelo de una sociedad civil (o que sería una de las muchas variantes posibles de ese modelo).

En cuanto a qué sea lo que considero como “sociedad civil”, espero que el lector me permita una respuesta sucinta (ya que puede encontrar fácilmente, si lo desea, una explicación más amplia, por ejemplo, en Pérez-Díaz, 1997). Desde mi punto de vista, la sociedad civil es un “tipo ideal” o un modelo analítico (y, desde otro punto de vista, un modelo normativo) de sociedad caracterizado por varios componentes: institucionales (autoridad limitada, estado de derecho, esfera pública, mercados y tejido social), societarios (una comunidad de referencia), contextuales (de apertura al exterior) y otros relativos al carácter moral (en un sentido lato, que incluiría las orientaciones cognitivas y las disposiciones emocionales) de sus miembros. A los efectos de mi argumento en este ensayo, me interesa subrayar este último componente.

Una sociedad civil (en su acepción típico-ideal) requiere la presencia de una amplia masa (una “masa crítica”) de ciudadanos activos, capaces y dispuestos a ejercer su capacidad de decisión autónoma en asuntos tanto públicos como privados, que valoran y ejercitan su libertad individual, que entienden y respetan las reglas de juego y aplican habitualmente el principio de la igualdad ante la ley y las reglas generales (y no se dedican a la búsqueda y obtención de privilegios), que ven al estado (la autoridad pública y su aparato administrativo) como un instrumento a su servicio y no un amo del que dependen, y que se comportan como una parte activa del tejido social. Pero obsérvese que estas capacidades y disposiciones cívicas implican el desarrollo de determinados afectos o sentimientos altruistas y, por tanto, el de los mercados correspondientes (es decir, los sistemas de intercambio y coordinación espontáneos) de tales sentimientos. (Este es un punto en el que creo preciso ir sustancialmente más allá de la contraposición que hace Hayek entre las morales propias de la sociedad abierta y las morales tribales: Hayek, 1988). Por supuesto, en la realidad, las sociedades occidentales corresponden de manera sólo aproximada e imperfecta a ese tipo ideal, pero, a pesar de ello, el tipo nos sirve como criterio de referencia, precisamente para poder entender esa realidad.

Pues bien, creo que la evolución demográfica, en combinación con ciertos factores económicos, institucionales y culturales, empuja estas sociedades, y España en particular, en direcciones que, por un lado, ponen en cuestión su carácter de sociedad civil y, por otro, ofrecen oportunidades para realizar una variante interesante de ese tipo de sociedad, en la que hubiera al tiempo una aplicación más consecuente de reglas generales (e igualitarias) de convivencia en lo relativo a la distribución del trabajo y de la actividad pública entre las generaciones y los géneros, y un mayor desarrollo de los sentimientos altruistas. Estas oportunidades dependen, sobre todo, de las soluciones que se den a determinados problemas de los segmentos de los ancianos y las mujeres. Mi objetivo no es elaborar un catálogo de estos problemas, sino discutir, desde mi punto de vista, selectivamente, y por separado, algunos de sus aspectos y proponer reflexiones y argumentos que pueden dar lugar a una discusión abierta.

1. Ancianos activistas ‘versus’ situaciones de “estado-dependencia”

El “problema” de los ancianos puede ser planteado, para empezar, de manera muy simplificada, como el de redefinir su papel como ciudadanos activos de una sociedad civil

y no como sujetos habitualmente pasivos, en tanto que clientes del estado de bienestar, que sólo se movilizarían como partícipes de un grupo de presión interesado en mantener y promover, en su beneficio, ese estado.

Las proyecciones demográficas anticipan un peso creciente de los mayores de 65 años en las sociedades modernas. Los avances del conocimiento científico sugieren que la esperanza de vida será cada vez mayor (hoy día en España es de 80 años para las mujeres y de 74 años para los hombres). Las tasas de mortalidad se sitúan a niveles muy bajos, aunque parezcan tender a estabilizarse. De hecho, sabemos que, en una sociedad como la española, y, en general, la europea, la proporción de quienes tienen más de 65 años sobre el total de la población es cada vez mayor, y es probable que la tendencia se intensifique de aquí a 20 años, porque no sea compensada por una corriente inmigratoria de suficiente intensidad. La evolución de Estados Unidos es muy distinta, gracias a la inmigración. Pero la Unión Europea no es un continente de inmigración comparable con Estados Unidos ni lo será durante mucho tiempo. Sus políticas inmigratorias son y serán mucho más restrictivas, habida cuenta de las perspectivas económicas y el sentimiento público dominante. Lo más probable es que estas políticas consigan durante bastante tiempo impedir la entrada de las masas potenciales de inmigrantes de los países de más allá del Mediterráneo¹.

Volviendo a los ancianos en el caso español, nótese que su importancia se observa ya de manera clarísima, y probablemente, con el tiempo, su influencia se haga casi irresistible. Un ejemplo de ello lo ofrecen las dos últimas elecciones generales españolas en 1993 y 1996. En ambas se atribuyó al tema de las pensiones de jubilación una importancia extraordinaria, que se trataba, bien de explotar, bien de neutralizar

¹Por tanto, lo más probable es que los europeos mantengan las fronteras semicerradas, e intenten hacer esto compatible con un abanico de medidas encaminadas a reducir el problema de la inmigración a largo plazo. Tal vez las más eficaces sean las dirigidas a aumentar su comercio con los países del sur (lo que implica, sin embargo, reducir sus propios aranceles) y su inversión productiva en estos países. Las menos eficaces en términos reales (pero quizá satisfactorias desde el punto de vista del bienestar emocional de los europeos mismos) consistirán en alimentar las esperanzas de los habitantes del sur con la retórica de la ayuda a los países en desarrollo y con algunas limosnas (quizá mientras algunos o muchos europeos conspicuos recriminan a los americanos la explotación que éstos hacen de sus inmigrantes, y, eventualmente, su racismo y su dureza de corazón).

electoralmente. Con razón o sin ella, José María Aznar y su partido imputaron a la propaganda socialista, que hizo temer a los pensionistas una reducción de sus pensiones si ganaba el Partido Popular, buena parte de su derrota en 1993. Por este motivo, el PP respiró más tranquilo cuando todos los partidos convinieron el Pacto de Toledo, e intentó deshacer cualquier sospecha (que el PSOE, a su vez, intentó alimentar) sobre la sinceridad de su adhesión al mismo durante la campaña de 1996. De aquí, también, que una de las primeras operaciones políticas del gobierno del PP fuera la de firmar un pacto con los sindicatos que garantizaba el incremento de las pensiones *pari passu* con el coste de la vida para los próximos años.

Pero si el PP ha aprendido la lección de que no conviene empeñarse en una política económica aparentemente correcta, si ello puede conllevar la enemistad de un colectivo de entre cinco y ocho millones de personas (en torno a 3,4 millones de jubilados y cerca de dos millones de viudas, aparte de 1,7 millones de pensionistas por invalidez, descontando algunos solapamientos entre ellos, pero contando con sus familias) contra el telón de fondo de un electorado de unos treinta millones de votantes, no lo ha hecho solo. Todos los gobiernos europeos (de un color ideológico u otro) han aprendido, al parecer, una lección similar; de aquí que se muevan de acuerdo con el conocido principio de la *suma prudencia* en el terreno de la reforma de las pensiones públicas.

A este respecto, la expectativa más realista que puede adoptar el observador es la de que las clases políticas europeas (y sus acompañantes mediáticos) tenderán a hacer un ejercicio de equilibrista y a oscilar entre dos juegos contradictorios. De un lado, impulsarán una reforma del sistema de pensiones para reducir el peso relativo de las pensiones públicas, incentivando el paso de las clases medias hacia sistemas de capitalización. De otro, harán depender el ritmo y la modalidad de ese proceso de reforma del ciclo electoral. Previsiblemente, el ritmo será lento, y el proceso se hará a golpe de una mezcla de acuerdos y de guerras de nervios en torno a convocatorias electorales y a huelgas exploratorias, en las cuales los partidos y los sindicatos pondrán a prueba la eficacia de sus eslóganes para activar los sentimientos propicios a la conservación del statu quo por parte de la población.

Y así, entretenidos con el espectáculo y nerviosos por su suerte, los ancianos, en general, se encontrarán incentivados por una clase política oscilante (y sus apoyos mediáticos) para convertirse en un grupo de interés de *pensionistas públicos* políticamente crucial, temido y requerido, que retrasará la reforma no sólo de las pensiones sino también

de la sanidad pública. Porque no conviene olvidar que los ancianos son no sólo pensionistas, sino también los mayores consumidores de la sanidad pública. (En estas condiciones, resulta ilusorio imaginar, como se hace en la España actual, que la crisis financiera del conjunto del gasto de las pensiones públicas y la sanidad pública se resolverá por medio de operaciones contables: separando los presupuestos de unas y otras. Porque, una vez separados los dos capítulos de gasto, a renglón seguido hay que encontrar los fondos públicos para atender uno y otro, lo que, en el caso del gasto de la sanidad, significa que, para ello, hay que aumentar los impuestos o cargar el coste de las prestaciones sanitarias a los usuarios. Pero es poco probable que los gobiernos, de uno u otro signo, se atrevan a enemistarse con los mayores haciéndoles pagar el coste de las prestaciones sanitarias excepto *cum grano salis*. De modo que, también en este terreno de la sanidad, es de esperar una política gradualista e incrementalista, de ritmo lento).

Hasta ahora he considerado como más probable el escenario basado en la hipótesis del mantenimiento de las tendencias en curso, que apuntan hacia un mundo en el que los mayores de 60 o de 65 años serían económicamente inactivos y dependientes, en amplia medida, de la ayuda pública. Serían clientes y subsidiarios del llamado estado de bienestar, y su posición política, coherente con sus intereses particulares, se orientaría, lógicamente, a mantener el *statu quo* de ese estado de bienestar. Su fuerza demográfica y electoral dotaría a sus argumentos de una fuerza apenas resistible, salvo por gobiernos que se resignaran a pagar el precio de perder las siguientes elecciones.

En un supuesto límite, se convertirían en personas “estado-dependientes”, en el mismo sentido y de la misma forma que las hay tabaco-dependientes, drogo-dependientes, partido-dependientes o alcohol-dependientes. Es decir, gentes que no pueden operar funcionalmente sin ingerir una dosis periódica de una sustancia exterior, sea ésta un subsidio estatal, la nicotina, la cocaína, el entusiasmo partidista o el alcohol, la cual constituiría un complemento energético indispensable de sus recursos internos (para tomar decisiones y para llevarlas a efecto).

Sin embargo, existe una senda alternativa. Ésta consiste en incentivar a estos ancianos para que prolonguen su actividad económica y su autonomía respecto del estado (y sus familiares). Esto podría tener la consecuencia de que incrementaran su grado de actividad en general, haciendo suya la reflexión de que la actividad es el principio de la vida y debe mantenerse al más alto nivel posible, de una forma u otra, hasta el último

momento. Se trata de una cuestión fundamental sobre la que caben, evidentemente, opiniones distintas y respecto a la cual los matices son imprescindibles. Es muy comprensible que muchas gentes mayores se acerquen al último tramo del camino, hartas de trabajar y de recibir órdenes, con ganas de descansar y de disfrutar de su tiempo de ocio, con la mayor libertad posible. Pero también cabe imaginar formas de actividad menos duras, estimulantes y remuneradoras (aspecto este último tanto más pertinente cuanto que se ve venir una revisión del sistema de las pensiones públicas, al menos a medio y largo plazo; sobre este punto véase, para el caso español, Pérez-Díaz, Álvarez-Miranda, Chuliá, 1997). De aquí se sigue que estos ancianos activos dispondrían de recursos propios y harían una contribución financiera (por ejemplo, una contribución fiscal y el pago de una cotización social) al conjunto de los recursos de la comunidad (para la defensa de la ciudad, la educación de los niños o la ayuda a los enfermos, por ejemplo).

En esta hipótesis (aparentemente “inhumana”, si se han de creer algunos lugares comunes), la sociedad, incluida su clase política y sus acompañantes mediáticos, en lugar de compadecer a los mayores por sus muchos años de trabajo, y de alegrarse por verles libres de su penoso esfuerzo, pondrían de manifiesto, defenderían y, eventualmente, convencerían a los ancianos de un argumento contrario. Estos, llamémosles, *activistas* podrían, al menos, intentar persuadir a los ancianos (y persuadirse a sí mismos) de los gozos del trabajo y de varias satisfacciones conexas con él: el gozo de la actividad en sí misma, el sentimiento de hacer algo útil para la colectividad (de un modo que ésta pueda reconocer y, eventualmente, recompensar con un salario) y la autoestima ligada a la sensación de ser económicamente independiente. En cambio, se compadecería a los ancianos por tener que someterse, con carácter (de hecho, al menos) obligatorio, a una jubilación impuesta cuyo significado es profundamente ambiguo. En unas ocasiones, les aporta una tranquilidad que constituye una oportunidad para participar en la vida familiar o vecinal, en asociaciones voluntarias o en actividades cívicas. En otras, les arranca de la vida y les aparca, anticipadamente, en la antesala de la muerte; no ya en la UVI de un hospital, sino en un pasillo cerca de la UVI, con una pensión que es como una botella de suero ligada por una domiciliación bancaria a una arteria de su brazo, y objeto de una atención humana intermitente y distraída.

Y si esta última imagen parece (y es) un poco sombría, pensemos en la posibilidad de utilizar, a efectos didácticos, esta otra tomada (y, sin duda, un punto exagerada) de algunos de los últimos experimentos del estado de bienestar. Con la jubilación se arranca

a veces a estos ancianos de su inmersión en una red de relaciones sociales, construida en torno a una actividad que constituye “algo útil que hacer”, para someterles al mixto de placer y de agotamiento del turismo de masas sobre la base fingida de la juventud física que no tienen; es decir, a la tortura de unos viajes de caballitos del tío vivo, subiendo y bajando del autobús, quemándose la piel en playas lejanas bajo un sol de justicia y agitándose en bailes brueghelescos (dicho sea en tono de homenaje), para morir muy pronto. Y todo ello, quizá, como contribución a la solución de los problemas de una industria turística sobredimensionada, y con el aplauso, trivial y quizá interesado, de periodistas y funcionarios para quienes estos ancianos son poco más que objeto de reportaje y de estadística.

Naturalmente, aquella justificación del trabajo como instrumento gozoso, de autoestima y de vida social podría venir de la mano de un elogio de la vida sana autosuficiente, es decir, con la menor intervención posible del aparato sanitario, incluidos médicos, enfermeras, fármacos, psiquiatras y demás cuidadores. Nada de esto es utópico. Es probable que para muchos ancianos, al menos hasta bien entrados sus 80 años, una combinación de trabajo a tiempo parcial y un estilo de vida activo y autosuficiente sean opciones de vida factibles y sumamente satisfactorias y, al mismo tiempo, contribuciones útiles al desarrollo de una sociedad civilizada. He aquí, a título de sugerencia, algunos ejemplos.

El primer ejemplo es el de los cuidados familiares. Los ancianos pueden ser unos excelentes cuidadores de la infancia. En lugar de abandonar a los niños en guarderías al cargo de gentes a veces poco cuidadosas porque no sienten especial cariño por sus “guardados” (y, de hecho, hay alguna evidencia que sugiere que si se compara el mayor tiempo de estancia en guarderías con el mayor tiempo en el seno de las familias, en términos relativos, el primero está negativamente correlacionado con el desarrollo de las capacidades cognitivas y morales de los niños), cabe dar una oportunidad a los abuelos para que atiendan a sus nietos, o los nietos de los demás.

El segundo ejemplo es el del papel de los mayores a la hora del consejo y de la decisión en todo tipo de actividades. Es obvio que los ancianos pueden jugar un papel de consejo de importancia extraordinaria en todo tipo de empresas, a poco que se les sepa escuchar. Claro es que esto obligaría a revisar los modales de una parte de los adultos y los jóvenes. En lugar de que éstos trataran a las gentes mayores con la brutalidad habitual en

ese tipo (tan frecuente) de dirigentes que se dedican a fingir que controlan el presente por el doble procedimiento de agitarse con frenesí y de hablar del futuro, tendrían que aprender a tratarles con un poco más de sosiego y con la delicadeza de quienes valoran el pasado, entre otras cosas porque son sensibles a la importancia de las señas de identidad de los individuos y de los grupos a los que pertenecen (lo cual requiere enterarse de su pasado, y entenderlo).

Pero no se trata solamente de atender al pasado. Curiosamente, algunas gentes jóvenes y adultas no quieren tratar con esos representantes del pasado que son los ancianos porque quieren evitar enfrentarse con su propio futuro, que es, en el mejor de los casos (si no mueren antes), la de convertirse en ancianos como ellos. Como quieren evitar enfrentarse de cara con esta verdad, aparentemente desagradable, estigmatizan *de facto* (es decir, con su manera de tratarles realmente, pero no con sus declaraciones retóricas, obviamente, las cuales, si las gentes en cuestión han sido educadas en el seno de familias decorosas, suelen ser sentimentales y llenas de tacto) a los ancianos como testigos de un pasado que ha desaparecido y que no les concierne. En realidad, no les ven porque no quieren ver los rasgos de lo que les ocurrirá a ellos, posiblemente en poco tiempo.

La capacidad de los ancianos no ya para el consejo, sino para la toma de decisiones, debería ser tan obvia que no necesitara ser ilustrada con ejemplos. De hecho, varios de los personajes más influyentes en la vida política de este siglo, precisamente porque tomaron decisiones que cambiaron el curso de los acontecimientos (y no se limitaron a continuar la tendencia en curso), han sido ancianos que habían pasado la edad de jubilación o se acercaban a ella (como Winston Churchill, Konrad Adenauer, Juan XXIII, Juan Pablo II o Ronald Reagan), y ello independientemente de que gusten, o no, las decisiones que pudieron tomar.

Cabe incluso argüir que es probable que la capacidad de decisión aumente con la edad; que, contra lo que dice el lugar común, los jóvenes suelen ser tímidos y conformistas, o rebeldes retóricos que intenten evitar pagar el precio de una rebeldía real, o carezcan de la visión y la determinación necesaria para poner su impronta sobre la realidad; que los adultos de media edad sean, con frecuencia, oportunistas y acomodaticios, porque se sienten inciertos de su triunfo, y que aquellos (¿pocos? ¿muchos?) ancianos que han conseguido sobrevivir a su propia juventud y a su madurez sin acumular resentimiento y sin perder el contacto con sus propias emociones, y que no tienen ya nada que perder,

tomen las decisiones en las que creen profundamente, con más fuerza, más paciencia y más clarividencia que los otros. Y todo esto puede aplicarse, en unas dosis u otras (es decir, modulando la aplicación con el realismo necesario, habida cuenta de las posibles diferencias en saberes técnicos y de la menor familiaridad de los ancianos con los “últimas novedades”), no sólo a los grandes espectáculos de la historia sino a los espacios más modestos de la vida diaria, y no sólo a las grandes organizaciones sino a las pequeñas; por ejemplo, a las modestas tiendas y granjas familiares, a los talleres, a las oficinas y a las asociaciones voluntarias.

Por lo demás, si estos trabajos se combinan con algunos “ejercicios espirituales” (de una u otra confesión, incluida la de los agnósticos y librepensadores), algunos viajes, unos libros de poesía, un poco de música, visitas a familiares y tiempo para los buenos recuerdos, se puede conseguir asimismo una aproximación gradual a la muerte bastante satisfactoria, que se haga sin angustia y deje una memoria de paz y de reconciliación. Y con esto desemboco en un tercer ejemplo referido a uno de los últimos servicios o funciones que pueden cumplir los ancianos, y que, lejos de ser desdeñable, es fundamental: el de poder ser testigos de una buena muerte. En realidad, una de las características más inquietantes de nuestras sociedades modernas es la del carácter de inoportunidad y marginalidad con el que se ha pretendido revestir al fenómeno de la muerte.

La muerte es un hecho cotidiano pero central de la vida social, que pone de relieve nuestra condición de copartícipes en una cadena de seres humanos que nos transmitimos un legado cognitivo y afectivo, cultural e institucional, de uno en uno, a través del tiempo. Sin embargo, en las condiciones de la vida moderna, se ha ido haciendo de ella un asunto individual, y socialmente embarazoso. Para empezar, empujamos a quienes se acercan más a ella y son, por su sola presencia, sus testigos, es decir, los ancianos, hacia la pasividad, la inutilidad y la invisibilidad. A continuación, esperamos de ellos que sean o bien discretos, y, en este caso, no interfieran en la vida de los demás, o bien pesadísimos, y, en este caso, adopten un carácter de mitad víctimas y mitad estorbos, y sean objeto mitad de disculpa y mitad de recriminación. Excluidos de una participación activa en la vida real, les convertimos en objetos de escaparate y de cuidados distantes; y, puesto que no se nos oculta que, por ello, pueden acumular resentimientos, tememos de ellos una reacción defensiva y egoísta. Esto encaja bastante bien con la expectativa general por parte del público y de la clase política de que estos ancianos se comportarán como un grupo de

interés que adoptará una estrategia indiferente al bien público, y al que habría que temer y que manipular.

Esta manera habitual de actuar con los ancianos implica anticiparles la muerte en vida y da a sus (eventuales) actividades de grupo de presión un aire surrealista, de retorno amenazante de unos “muertos vivientes”. Y, sin embargo, se intenta justificar esa manera sobre la base de una lectura “realista” de la condición de la vejez que carece, sin embargo, de base real. Porque, aunque es probable que los ancianos, en algún momento de cuando llegan a los ochenta y pico años, hoy por hoy (porque ese umbral se moverá hacia arriba con el tiempo), pasen una línea invisible, a partir de la cual haya un deterioro físico, emocional y mental que afecta a las modalidades de su actividad y les hace menos capaces de valerse por sí mismos, esto no es así en tanto esa línea no se traspasa, y sólo lo es hasta cierto punto luego. Por ello, creo que se deben enfatizar dos cosas. Primero, que, en tanto el umbral no ha sido traspasado, la vida de los ancianos puede vivirse en dos claves completamente diferentes: en clave de objetos de cuidados y de seres “estado-dependientes”; o en clave de agentes autónomos. Y, segundo, que las consecuencias que se siguen de que se viva en una clave u otra, para la sociedad civil, son extraordinariamente distintas.

En un caso, es probable que nos encontremos con unas gentes mayores convertidas en un grupo parasitario del estado, lo que propicia una alianza “perversa” de funcionarios y profesionales, partidos y grupos mediáticos, ocupados en mantenerles en esa condición (“estado-dependiente”), de lo que se sigue su reducción a masas manipulables mediante prácticas clientelísticas y retóricas demagógicas, que les empujarían hacia comportamientos de grupo de interés corporativo e induciría en ellas la atrofia de su capacidad de actuar y sentir como ciudadanos.

En el otro, en cambio, podríamos encontrarnos con gentes susceptibles de alcanzar un grado relativamente alto de autonomía cívica. Obsérvese que esta autonomía cívica no tiene por qué excluir algunas formas de ayuda estatal; pero tendría que ser una ayuda estatal (por así decirlo) “anti-estatista”: es decir, una orientada (precisamente) a reducir la condición de estado-dependencia.

La ayuda estatal “anti-estatista” no es en modo alguno inimaginable; en realidad, pertenece a las señas de identidad del estado liberal bien entendido, cuyo cometido consiste

en propiciar el carácter autónomo y libre de sus ciudadanos. Por supuesto que esto no es fácil en las circunstancias de los estados contemporáneos, porque parece ir contra la tendencia (aparentemente) “natural” de quienes suelen ocupar los aparatos estatales a maximizar sus áreas de poder (funcionarios, profesionales de servicios sociales, políticos de “izquierdas” o de “derechas”). Pero es factible, porque esa tendencia puede ser contrarrestada por varios factores: tanto por controles externos ejercidos por los propios ancianos como por procesos educativos que afecten al personal del estado de bienestar y modifiquen su mentalidad de “burócratas” o “tecnócratas” acostumbrados a creer que cuando ellos asumen responsabilidad por una tarea, esto implica que los ciudadanos se irresponsabilizan de ella.

Sin duda, la clave para incrementar el grado de autonomía de los mayores estriba en encontrar actividades laborales adecuadas para ellos, muchas veces en campos donde no tienen por qué competir con los activos entre 16 y 64 años de edad. Pienso en los ejemplos ya citados de las tareas de cuidado de los niños, o en los mercados de servicios “no convencionales”, donde los ancianos tienen una ventaja comparativa que podrían explotar, de consejos, transmisión de recuerdos o humanización de la experiencia de la muerte. En términos generales, los ancianos pueden estar en condiciones de ofrecer (y esto cabe entenderlo como un “cuarto ejemplo”) una contribución decisiva al enriquecimiento de la vida afectiva de la sociedad y el desarrollo de los saberes prácticos correspondientes. En los “mercados afectivos”, cuyos productos en circulación son sentimientos de toda índole, los ancianos pueden ofrecer, en abundancia, un abanico muy amplio de sentimientos diversos. Así, puede suceder que nos transmitan sentimientos de gozo tanto por mantener su actividad laboral como justamente por lo contrario. Y puesto que ya he aludido a los primeros, permítame el lector que me detenga ahora un momento en estos últimos.

Una de las tareas de enriquecimiento de la vida afectiva de una comunidad puede consistir en la de comunicar el gozo de “no tener que trabajar”. Repárese en que no digo que la tarea consista en no-trabajar, sin más. La tarea es más bien la de *comunicar* el gozo de no trabajar, y hacerlo de manera razonable, es decir, aduciendo razones persuasivas, como, por ejemplo, la de que ello supone no tener que someterse a tareas rutinarias, a horarios “estresantes”, y a la autoridad de jefes zafios o mezquinos. Este gozo y disfrute del tiempo libre, precisamente en el sentido de “libre de semejantes servidumbres”, por parte de los ancianos, podría ser, entonces (y sólo entonces, es decir, una vez comprendida

su razón de ser), compartido por los demás, los cuales, gracias a ello, estarían en condiciones de entender el sentido de la experiencia que les era transmitida, y de adquirir un conocimiento sumamente útil.

Estaríamos en presencia de un aprendizaje y de una acumulación de saberes prácticos acerca de algunas de las formas que puede adoptar, por ejemplo, la arrogancia o el resentimiento en el ejercicio de la autoridad en el seno de las organizaciones; y esto ayudaría a saber cómo identificar y cómo juzgar, y, eventualmente, cómo evitar y cómo combatir esas actitudes. Se trata de saberes prácticos de extraordinaria importancia, que pueden conservarse o pueden perderse. Pueden incorporarse, masiva y sistemáticamente, al acervo de las enseñanzas que se transmiten de generación en generación. O pueden perderse, y esta pérdida puede prolongar la vida de prácticas habituales de conducta arrogante o resentida, y dejarlas impunes durante demasiado tiempo.

Obsérvese, además, que el efecto positivo de las actividades de los ancianos se puede (y se debe) extender al diseño de los espacios, y, en especial, de los espacios urbanos, para hacerlos más “humanos”, es decir, más habitables, y no simplemente transitables de modo apresurado. Porque es obvio que, de una ciudad diseñada con la vista puesta en facilitar las idas y las venidas de los ancianos (y de los niños) podrían disfrutar los propios adultos, en su capacidad de individuos inteligentes y sensibles, mejor que de la ciudad que suelen tener, y que ha acabado dominada por la circulación de los automóviles con sus adultos dentro y actuando en su capacidad de conductores, atentos al tráfico o entretenidos en sus habituales ideas fijas.

También es cierto que, junto a las actividades apenas competitivas con las de los adultos y los jóvenes, habría que reconocer a los ancianos la posibilidad de ofrecer sus servicios en competencia con esa población; aunque, naturalmente, para que esto no redundara en un aumento del paro de los activos de entre 16 y 64 años, habría que diseñar las cosas de modo que el mercado de trabajo tendiera a expandirse (como ocurre en Estados Unidos) y no a contraerse cada vez más (como ocurre en Europa) (lo cual plantea otros problemas en los que no puedo entrar aquí)².

²Algunos de estos problemas se refieren al “núcleo duro” de medidas económicas e institucionales de las políticas de empleo (tales como las relativas a la regulación de mercados de trabajo, el volumen y la duración de los subsidios de desempleo, los costes de despido, la

Pero en todo caso, mi objetivo con estas consideraciones no es el de analizar todos los ángulos del campo de los acuerdos y las tensiones intergeneracionales (estas últimas, por lo demás, muy útiles para la autoafirmación de todos y para el desarrollo de la especie, si son sublimadas, encauzadas y contenidas en el marco de instituciones razonables), sino el de contribuir a la reflexión sobre estas materias seleccionando algunos de sus aspectos.

Por supuesto, el argumento presentado hasta ahora es de carácter general, y habrá de matizarse según las circunstancias de género, de grupo de edad, o de estrato socioeconómico, entre otras. Por ejemplo, soy consciente de que al proponer que las personas de la tercera edad sigan participando en el mercado de trabajo, estoy planteando una alternativa viable, hoy, para un número más elevado de hombres que de mujeres, puesto que la mayor parte de éstas abandonó hace tiempo el ámbito laboral (siguiendo la costumbre de épocas pasadas de dejar de trabajar tras contraer matrimonio o después del nacimiento del primer hijo). Por otra parte, actualmente, muchos hombres, en la década que precede al momento en que cumplen 65 años, no realizan un trabajo remunerado regular (las tasas de ocupación en España son bajísimas para los hombres de entre 55 a 65 años). Por ello, es lógico que perciban la jubilación como una situación favorable, no sólo porque van a cobrar mensualmente una pensión del estado, sino también porque verán concluido un periodo de paro o trabajos precarios. Y, obviamente, la situación se plantea de forma distinta según cuál sea el tipo de trabajo al que la gente está acostumbrada, sus conocimientos y sus recursos de toda índole.

2. Mujeres y variantes de liderazgo

El “problema” de las mujeres puede ser definido, a su vez, como el de cómo conseguir que sobrevivan a las presiones y las tensiones de los próximos 30 años sin perder por el camino la promesa, de la que son probablemente portadoras, de una forma más razonable y civilizada de sociedad. Las tendencias sociodemográficas y sociolaborales en curso muestran un incremento paulatino y, a muy largo plazo, probablemente incontenible de la paridad entre hombres y mujeres en lo referente a su participación tanto en el mercado

evolución de los salarios reales, el nivel del salario mínimo); otros a problemas relativos al “lado blando” de estas políticas y las prácticas sociales correspondientes (educación, formación profesional, tradiciones sindicales, cultura de la empresa).

de trabajo como en el espacio público, en las sociedades occidentales. (Probablemente esto ocurrirá también, a un ritmo más lento, en otras sociedades en las que el marco institucional coloca a la mujeres en una situación muy inferior, y dejando aquí a un lado el caso límite de las sociedades musulmanas). Sucede así que, en España, las tasas de actividad de las mujeres (calculadas sobre la base del conjunto de las mujeres entre 16 y 64 años) han ido aumentando sensiblemente de un 33% en 1973 a un 45% en 1995 (OCDE, 1996); y basta observar la tendencia de los otros países occidentales para comprender que lo más probable es que se acelere el ritmo de ascenso de esa trayectoria. El ascenso está impulsado por factores poderosos y, en lo fundamental, irreversibles, de carácter cultural e institucional, a los que me refiero a continuación.

Hay que tener en cuenta que Occidente ha contado con unos sistemas de parentesco, unas estructuras familiares (Shorter, 1975; Goody, 1983) y unos conjuntos de creencias (en particular, el cristianismo) que daban un margen importante a las mujeres para ocupar posiciones de poder en el espacio social y en el imaginario de la comunidad. Contra ese telón de fondo (en cuyo análisis no entro), la revolución educativo-escolar de los dos últimos siglos abrió las aulas a las mujeres, como escolares y como enseñantes, en condiciones cada vez más parejas a las de los hombres. Ello fue acompañado por la presencia creciente de las mujeres en los lugares de trabajo (en parte a impulsos del desarrollo de las economías de mercado, pero también de las guerras mundiales) y en el espacio público (en el contexto de la expansión y la consolidación de la democracia liberal).

Las instituciones del espacio privado han reforzado, y dado forma, a este profundo cambio social y cultural; en especial las de la propia familia. En la negociación moral y emocional cotidiana entre padres y madres en el seno de los hogares, después de innumerables forcejeos, se ha ido llegando a cierto consenso acerca del valor de la educación escolar tanto para los niños como para las niñas; y de ello se han seguido estrategias familiares de promoción de los estudios de unos y otras, primero entre las clases medias, y luego en la población en general.

En esta materia, al menos en Occidente, hemos pasado ya el punto de no retorno, y es inimaginable la vuelta atrás. Pero es obvio que, por el momento, las tensiones permanecen y la paridad es sólo relativa. Ello nos ha conducido a un estado de cosas en el que se observan, por ejemplo, los tres fenómenos siguientes: *a)* el de una concentración de

las mujeres en los sectores de servicios (y en especial de servicios sociales como los de enseñanza, sanidad y asistencia social) y de los hombres en sectores industriales, aunque haya alguna presencia femenina también en ellos (incluidos los de industria pesada y de defensa); *b*) el de discriminaciones de salarios (incluso manteniendo constante el dato de la antigüedad en el puesto) en contra de las mujeres, que, sin embargo, son experimentadas como injustificadas y merecedoras de corrección, tras un periodo de reforma que podría llevar una o dos generaciones (pero sólo si se ponen los medios para ello)³; y *c*) el de una infrarrepresentación de las mujeres en los puestos de mando de las empresas, que, una vez más, es percibido como de dudosa justificación y puesto en cuestión con creciente insistencia. Estamos, pues, en un estadio del camino, y en medio de lo que parecería (desde cierto punto de vista⁴) como un largo y complicado forcejeo entre los géneros por revisar las reglas del juego de la competición por ocupar las mejores posiciones económicas, políticas y de *status* del orden social, modificando las reglas tradicionales que habían estado (y siguen estando) sesgadas a favor de los hombres.

Pero las cosas serían muy simples si pudieran reducirse a un problema planteado en estos términos y todo lo que tuviéramos que hacer fuera ver cómo se iban aplicando unos principios universalistas meritocráticos y unas reglas de *fairness* o juego limpio en la competición entre los géneros. Afortunadamente, las cosas son bastante más complicadas. Así lo sugiere el fenómeno de la ambivalencia de las mujeres al respecto, la

³A primera vista, la evidencia empírica disponible en muchos países occidentales podría hacer pensar que las discriminaciones de salarios van a permanecer durante mucho más de una generación. Las mujeres están presentes en el ámbito laboral desde el comienzo de la industrialización (aunque en menor medida que los hombres), y la discriminación salarial no ha desaparecido (aunque parece que se ha reducido su magnitud a lo largo de muchas generaciones).

⁴Por ejemplo, desde la perspectiva del “feminismo (convencionalmente llamado) liberal”, de poca difusión en el mundo académico pero mucha en el mundo político, especialmente en Estados Unidos. Para este feminismo las mujeres están sobre todo presentes en un ámbito privado considerado de manera negativa (donde hay tareas poco gratificantes, como las domésticas), mientras que las “cosas buenas de la vida”, por ejemplo, el poder político o el económico, se encontrarían en un ámbito público donde las mujeres ocupan una posición subordinada. La emancipación de las mujeres pasaría por conquistar una posición de igualdad con los hombres en ese ámbito público, donde se encuentran tantos beneficios. Una sucinta descripción de la perspectiva del “feminismo llamado liberal” en: Lengermann y Niebrugge-Brantley (1996: 373-375).

complejidad de sus motivaciones y el carácter incierto de sus estrategias. Todo ello hace de su potencial de futuro algo mucho más interesante de lo que lo sería si estuviéramos en presencia de un grupo que tratara, simplemente, de imitar o replicar al género masculino.

De un lado, la evolución espectacular a la baja de las tasas de natalidad y de fecundidad, que, en el caso de España, nos ha conducido a tener, en estos años, una de las más bajas del planeta, sugiere la resolución de muchas mujeres por dar prioridad a sus proyectos profesionales sobre sus proyectos de crear una familia y atenderla; y los hechos de reducir el número de hijos y de retrasar el primer nacimiento parecen operaciones tácticas coherentes con esa estrategia. Pero, de otro, más de la mitad de las españolas en edad de trabajar siguen sin entrar en el mercado de trabajo; y una parte importante de quienes entran apuestan por trayectorias profesionales interrumpidas por tiempos dedicados a procrear y cuidar de los hijos durante unos años, volviendo eventualmente al mercado laboral.

La lentitud de la incorporación al mercado laboral y la ambivalencia de las mujeres al respecto podrían ser entendidos como el resultado no tanto de unas políticas públicas o unas políticas de empresa (aunque también unas y otras influyan en él) cuanto de una especie de “guerra de baja intensidad” entre los géneros, que se llevaría adelante en todos los “frentes” de la vida cotidiana, con sus treguas y arreglos correspondientes. Pero es de observar que esta guerra, aparte de ser de baja intensidad, es una guerra no declarada. En otras palabras, se realiza de manera (en gran medida) tácita y bajo forma de rutinas y tradiciones arraigadas, que se traducen, al final, en un desplazamiento sistemático del cuidado de los hijos, del trabajo del hogar y de la atención a las necesidades de la familia extensa hacia el área de las tareas “propias” de la mujer (y, por tanto, de cuya realización se le considera principal responsable).

El hecho es que la mujer que trabaja debe añadir, normalmente, a sus horas de trabajo fuera de casa (y aparte el tiempo de transporte), las consagradas a las tareas domésticas de la preparación de la comida, el lavado de la ropa, la limpieza y el arreglo de la casa, quizá con la ayuda semi-simbólica del hombre en el lavado de los platos. La atención a los hijos recae sobre todo en la mujer; y otro tanto ocurre con las atenciones requeridas por las enfermedades de los miembros de la familia (incluidas, con alguna frecuencia, a partir de cierta edad, las de los padres o las madres de ambos cónyuges). Insisto en que esta división de trabajo se realiza en el espacio privado como consecuencia

no tanto de un acuerdo explícito cuanto de un arreglo tácito que refleja una ponderación de las disposiciones de los cónyuges, combinada con un juicio intuitivo y rápido acerca de cuál es su grado de competencia para manejar los problemas diversos; así, por ejemplo, a la vista de la habitual torpeza masculina a la hora de cocinar (dejando excepciones y eminencias aparte), parece lo más rápido y lo más simple que el hombre deje de intentarlo (lo que suele hacer, por lo demás, sin exceso de convicción), y otro tanto puede ocurrir con una multitud de asuntos prácticos.

El resultado final es una sobrecarga de responsabilidad en la mujer que ésta puede asumir con “naturalidad”, es decir, pareciéndole lo más normal y lógico del mundo, porque está más dispuesta a ello y, al tiempo, parece más capaz de hacerlo con éxito. Desde el punto de vista del funcionamiento práctico del hogar, al menos a corto plazo, esto parece reducir riesgos y costes (por ejemplo, de comidas quemadas o incomibles y otros desaguisados domésticos), incluidos los costes emocionales de los disgustos y las recriminaciones consiguientes. Pero, además, esta situación tiene sus ventajas, aparentes, por lo que se refiere a la economía de las emociones familiares. El espectáculo de la inutilidad masculina proporciona una compensación simbólica de la prepotencia masculina en otros campos, y confirma la centralidad moral y afectiva de la mujer en la familia, que no podría “funcionar” (en su sentido más amplio) sin ella⁵.

De manera que no estamos hablando sólo de la división de las competencias, sino también de la distribución del poder, y, en concreto, del control afectivo y moral del espacio privado. Y, en este caso, ocurre que el papel central de la madre sigue siendo (no siempre, pero sí con frecuencia) el soporte de la superioridad de su influencia en la formación de los sentimientos morales de los restantes miembros de la familia (incluidos los de autonomía o dependencia emocional, seguridad o inseguridad en sí mismos y en el afecto de los otros, tanto del padre como de los hijos). La conciencia de que esto ha sido así al menos durante la etapa formativa crucial de la primera infancia, y vuelve a serlo en momentos críticos, proporciona una sensación de poder real (que a veces llega a ser omnímodo) sobre los sentimientos de los hombres de la familia (padres e hijos) y las hijas,

⁵Por supuesto, las estrategias masculinas para escapar a la realización de las tareas domésticas son más numerosas y variadas de lo que muestra mi descripción, e incluyen el elogio encendido a las mujeres acerca de lo bien que las realizan, la duda razonable de la necesidad de hacerlas y la resistencia activa, pura y dura, a implicarse en ellas.

hasta el punto de que, en el fuero interno de no pocas mujeres, la idea misma de renunciar a una experiencia semejante en aras de un triunfo (improbable) en su competición con los hombres en el terreno, mucho menos favorable, de la actividad laboral y de la vida pública, puede parecer simplemente absurda. Sería como renunciar al poder absoluto por un sueldo modesto⁶.

Pero es obvio que la reflexión sobre esta materia requiere de otra vuelta de tuerca. Porque la experiencia anterior, en el caso de darse (lo que sólo ocurre en una proporción limitada), es provisional. Al cabo de unos años, la situación cambia. A partir de un momento, la madre ha de compartir su influencia, no sólo con la del padre (cuyo papel educativo suele crecer en la segunda infancia de los hijos), sino con guarderías y escuelas, colegios y grupos de pares, universidades y campamentos de adolescentes, curas y maestros del Zen, propagandistas políticos y artistas de cine, tantos otros y, *last but not least*, las parejas sentimentales de los hijos. Su cuasi-monopolio sentimental de los primeros tiempos desaparece.

Y no sólo esto sino que, además, las condiciones de la vida moderna son las de mercados matrimoniales abiertos, con un mayor grado de inestabilidad de los matrimonios que antes, y esto parece requerir, o propiciar, un cambio de actitud. En el pasado, los compromisos parecían permanentes; hoy las mujeres (y los hombres) tienen que descontar un riesgo apreciable de disolución de la pareja (y ruptura o grave turbulencia de la familia) como resultado de la libre competencia. En estas circunstancias, parece sensato equilibrar el portafolio de las inversiones emocionales entre el trabajo profesional y la familia. Tener una trayectoria profesional propia (y aparte de que el trabajo tenga un interés intrínseco) puede ser una estrategia prudente. Minimiza los riesgos y los costes de una trayectoria

⁶Comprendo que el argumento de que la ambivalencia de las mujeres ante el mundo laboral (y el ámbito político) refleja su aspiración a mantener su preeminencia en el ámbito familiar requiere una discusión mayor, pues podría tratarse (también) de una respuesta inducida y defensiva ante su discriminación en el ámbito público (económico y político). Uno de los argumentos con que tradicionalmente se ha criticado a las mujeres en el ámbito laboral consiste en imputarles un interés por el mismo menor que el de los hombres. Sin embargo, esta imputación no se ha podido demostrar empíricamente. Cuando se han hecho estudios acerca del grado de compromiso de las mujeres respecto de su trabajo y su familia, se ha visto que suele ser alto en ambos casos, mientras que el de los hombres es elevado sólo por lo que respecta al ámbito laboral. Esta observación confirmaría mi hipótesis del *embarras des richesses* de las mujeres: ver *infra*.

familista que puede terminar en soledad o en ruptura. Es un seguro frente a las incertidumbres de la aventura familiar.

Hay que tener en cuenta que las mujeres jóvenes están cada vez más educadas en el arte del cálculo racional, es decir, en el de reconocer sus oportunidades y sus intereses. Por ello, suelen ser conscientes de la complejidad de sus elecciones existenciales en la materia.

De una parte, tienen un *embarras de richesses*: una suma de disposiciones y capacidades sumamente complejas, que incluye algunas muy importantes de las que carecen (o suelen tener en menor medida) los hombres. Saben comprender situaciones humanas complejas mejor que ellos, y tienen un sentido de la realidad más desarrollado. Además, tienen acceso (cada vez más) a los mismos saberes técnicos que los hombres. Pueden manejar y les interesan tanto los aspectos afectivos y humanos de las cosas como los instrumentales.

De otra parte, su tiempo y sus energías son limitados, y su dedicación a ambas trayectorias, familiar y profesional, amenaza con agotar esas energías. El riesgo (relativamente alto) es el de que se conviertan en unas aficionadas en los dos campos; mientras que los hombres concentrarían sus energías en uno de ellos, y al tiempo les ofrecerían un trato de favor que las mantendría en la cuerda floja y calmaría sus inquietudes. En efecto, aparentemente, el juego de estos hombres “unidimensionales” tiene un aire curioso y mixto de sinceridad y de cazurrería que contribuye a su eficacia.

Hacen como si se resignaran a que las mujeres les vieran como unas máquinas de trabajo y de ambición en pos de un éxito que se cifra en subir unos peldaños en las escaleras imaginarias de los poderes, las riquezas y el *status* de este mundo (aunque ello sea a costa de su autoimagen de gentes humanas y sensibles). Pero tal vez su resignación es un poco ficticia y algo superficial, porque está construida sobre dos expectativas que denotan por parte de los hombres una notable astucia y sabiduría tácita (tan inscrita en su conducta habitual que no necesita ser hecha explícita ni apenas ser hecha consciente). En parte esperan que las mujeres les perdonen (digamos, su poca sensibilidad) porque, en el fondo, éstas se consuelan con la expectativa de que, al fin y al cabo, se trata de un éxito de los dos (descontando el riesgo de que el éxito sea disfrutado por una segunda esposa en su momento), y en parte confían en que, en el fondo, a sus mujeres lo que les guste (les atraiga

y, eventualmente, les excite) sean justamente las máquinas eficientes de hacer dinero, de conseguir poder y de alcanzar el éxito social.

El predicamento actual de las mujeres es, por tanto, barroco. Su abanico de posibilidades es grande. El marco de sus actuaciones tiene un alto grado de ambigüedad e incertidumbre. No es de extrañar que quieran hacer todo al tiempo, y que, solicitadas en todas las direcciones, intenten compromisos contradictorios; porque si por un lado les dan seguridad, al tiempo, por el otro, les sobrecargan, y, al hacerlo así, les obligan a asumir un alto riesgo de fracaso. No es probable que esta situación cambie mucho en un futuro próximo. En un país como España, por ejemplo, la tendencia a la baja de la natalidad y de la fecundidad se estabilizará y se invertirá, más tarde, cuando a las cohortes relativamente abultadas de los *baby boomers* nacidos en los años 1960/1975 les sucedan en edad de procrear las cohortes (más escasas) de los nacidos entre 1975 y 1995. Estas últimas tendrán mayores oportunidades de educación y de empleo y, por tanto, mejores expectativas profesionales; pero en lo que se refiere a las mujeres, ello ocurrirá contra el telón de fondo de su discriminación actual (y, en España y otros países europeos continentales, de sus tasas extraordinarias de paro). Al mismo tiempo, si descendiera algo la edad del matrimonio y de los primeros nacimientos y aumentara la tasa de fecundidad, ello mejoraría, también, sus perspectivas familiares. En todo caso, esta mejora, relativa, de las perspectivas en ambos campos dejaría a las mujeres, en el fondo, en la misma situación de perplejidad. Una vez más, tendrán que decidir cómo distribuyen su tiempo y su energía entre su proyecto profesional y su proyecto familiar. Dado que lo más probable es que sus aspiraciones sean cada vez más altas, que sus recursos de tiempo y de energía sigan siendo limitados y que el grado de incertidumbre y de ambigüedad actuales se mantengan, sus decisiones seguirán siendo azarosas y dramáticas.

Podemos preguntarnos cuál será la evolución futura de este estado de cosas. Esta pregunta puede ser contestada de varias maneras y por muchos tipos de agentes. Desde un punto de vista analítico, creo que el reto más interesante es el de entender las respuestas que den las propias mujeres, es decir, sus decisiones a título individual, y ver cómo esas decisiones se agregan y se combinan unas con otras. Pero queda otra pregunta acerca de lo que creemos que debería ocurrir o sería deseable que ocurriera. Esta pregunta normativa, o valorativa, puede ser contestada desde varios puntos de vista.

Si se parte del punto de vista de quienes consideran deseable la realización de una sociedad civil, cabe hacer una serie de reflexiones y propuestas. Aquí me limitaré a una sugerencia. Creo que nos conviene (desde ese punto de vista) que las mujeres *no* se agoten en estos experimentos tratando de encontrar un equilibrio entre sus dos proyectos; y que nos conviene, en cambio, facilitarles el acceso a posiciones de liderazgo en el espacio público, en el mundo de la empresa y en la vida sociocultural. O dicho a la inversa: creo indeseable mantener un estado de cosas en el cual los hombres (jóvenes y adultos) cuasi-monopolicen el liderazgo político y el liderazgo de las empresas y mantengan su protagonismo a la hora de articular o de dar forma a los sentimientos morales de la sociedad (lo que, a mi juicio, mantiene estos sentimientos, al menos en países como España y otros muchos, en un nivel de desarrollo bastante rudimentario).

En primer lugar, creo que conviene equilibrar las oportunidades para que el liderazgo político se distribuya entre hombres y mujeres por igual o con un ligero predominio de estas últimas, aunque sólo sea por ciertas ventajas que en ellas cabe observar por lo que se refiere al desarrollo de algunas capacidades emocionales y lingüísticas, sumamente útiles en los tiempos actuales.

Hoy, el liderazgo político de la mayor parte de las sociedades occidentales (y, por supuesto, las no-occidentales) está casi monopolizado por varones adultos que operan agrupados en partidos, en cuyo seno suelen desarrollar una cultura demasiado agresiva y un discurso demasiado sectario. Tienen una tendencia exagerada a “enseñar los dientes”, mostrando (como sugería Canetti: 1973, 237ss.) la hilera de sus incisivos y sus caninos como una hilera de soldados, y la apertura de su garganta como un recordatorio de su capacidad de engullir, digerir y ningunear a sus adversarios. Lo hacen para demostrar su capacidad de hacer daño e inspirar temor, en los continuos juegos rituales de supremacía y destrucción que son los debates políticos y las campañas electorales. Además, suelen hacer uso de un lenguaje político confuso, porque en su repertorio retórico se han ido depositando lugares comunes procedentes de los más diversos estratos semánticos a lo largo del tiempo (el discurso clásico, el de los reinos medievales, el feudalismo y la monarquía absoluta, las múltiples variantes del cristianismo, el liberalismo y el socialismo *e tutti quanti*), y los políticos tienden a mezclarlos porque han comprendido que casi todos esos mensajes sirven para algo, según la ocasión, y porque han aprendido a hacerlo a lo largo de un dilatado proceso. En efecto, les han sido transmitidos, a través de muchas

generaciones de maestros, clérigos, oradores políticos, escritores y periodistas, casi todos varones, el arte y el oficio del verbo altisonante e inconexo, pero eficaz.

En cambio, parece como si (todavía), en su mayor parte, las mujeres tuvieran algún mayor cuidado por los sentimientos ajenos y fueran menos agresivas o dadas a las exhibiciones belicosas (salvo que se dejen llevar por la pendiente de la indignación, y obtengan así una coartada para un arrebato destructor). Y, por ahora, tienden a usar las palabras de una manera más directa y pegada a la experiencia cotidiana y menos libresca y confusa. Les falta el hábito de repetir palabras incomprensibles, gracias a que (todavía) no han sido clérigos ni políticos durante un número suficientemente largo de generaciones, y, quizá por ello, parece que les da reparo utilizar sin tasa esdrújulos cultalatiniparlos (aunque, por supuesto, en este punto, no son inmunes al contagio y la imitación de los modelos “masculinos”).

Éstas son, creo, ventajas comparativas que las mujeres tienen, por ahora, para llevar o conducir grupos humanos de una manera firme (pero no agresiva) y comprensiva (pero no a través del filtro de los lenguajes de secta), sobre todo en una época en que para ello se requiere sentido común, capacidad de escucha, sensibilidad para los múltiples problemas de identidad de las gentes y tolerancia para dejarles hacer las cosas, en todo lo posible, a su aire. Por esto, conviene que las sociedades modernas, que pretenden conservar su libertad, experimenten con estilos de liderazgo menos “masculinos” y más “femeninos”. En otras palabras, si pensamos que conviene volver a una lectura liberal del estado, nos conviene el estilo de dirección de quienes [hombres o mujeres] hagan suyas, en lo posible, las palabras del barón de Montesquieu, quien recomendaba que era preciso manejar las instituciones que garantizan la libertad *avec des mains tremblantes*, es decir, con tiento y sin exceso de brusquedad.

En segundo lugar, creo que sería conveniente dar mayores oportunidades de influencia a las mujeres en el manejo de las empresas, porque pueden tener algunas ventajas comparativas para ello, muy similares a aquellas a las que acabo de hacer alusión. Hay que tener en cuenta que las tendencias en curso, por lo que se refiera al gobierno corporativo de las empresas y el manejo del capital humano de éstas, son complejas y, en cierto modo, contradictorias. De un lado, hay unas tendencias a la reestructuración y la disminución de personal casi permanentes, la concentración de poder en las cúspides de las organizaciones y el achatamiento de la estructura organizativa con la desaparición de

los niveles intermedios, el predominio de las instancias de control financiero y la obsesión por las cuentas de resultados a corto plazo: todo esto parece requerir un estilo agresivo de dirección. Pero, de otro, estas tendencias son (en parte) una respuesta transitoria a tendencias contrarias del pasado que habían dado lugar a un exceso de “grasa” en las organizaciones que era preciso eliminar. De modo que, a largo plazo, lo que se necesita es encontrar un equilibrio entre aquella estrategia de ajuste y de dar cuenta continuamente de los resultados a los accionistas (*shareholders*), y la estrategia de atender al resto de los *stakeholders*, y muy en especial a los empleados, de cuya motivación y lealtad depende el comportamiento a largo plazo de la empresa (en lo que se refiere a la efectividad de las inversiones en investigación y desarrollo y de las innovaciones en la organización, los procesos, los productos y el *marketing*). Esto requiere un estilo de dirección (más complejo que el estilo agresivo habitual) orientado hacia una tarea que cabría llamar de *nurturing*, es decir, de cultivo cuidadoso y continuo de la empresa, entendida no como una máquina sino como una planta. Y esto, a su vez, requiere una suma de disposiciones y capacidades de dirección que, dados los procesos de socialización de los géneros, es más probable que se hayan acumulado, a lo largo de muchas generaciones, espontáneamente, entre las mujeres que entre los hombres.

En tercer lugar, creo que conviene que no sólo las mujeres, sino también los ancianos, cada uno a su modo, tengan mayores oportunidades de influir y dar forma a los sentimientos del público. Ello puede tener riesgos y costes, pero creo que los beneficios serían superiores. En todo caso, por lo menos, compensarían el excesivo papel otorgado a los hombres adultos, jóvenes y (cada vez más) adolescentes, cuya influencia en este terreno es desproporcionada y, con alguna frecuencia, deleznable, bien porque sus sentimientos de confianza en sí mismos sean escasos (y esto les haga propicios a conductas colectivistas), bien porque sus sentimientos altruistas sean rudimentarios o no sepan encauzar y sublimar sus sentimientos agresivos. (En general, una parte, al menos, de las miserias del siglo XX han sido la consecuencia de un culto patético a la violencia juvenil y adolescente, a la que se ha querido dar, y se pretende seguir dando, un aire ejemplar: heroico, inconformista y “revolucionario”).

Hay que tener en cuenta que, sin unas bases emocionales y morales apropiadas, una sociedad civil (libre o abierta) es imposible. Para que se dé, es preciso que haya una masa crítica de gentes capaces de combinar los sentimientos diversos, pero complementarios, de la firmeza en la defensa de un orden de libertad y de la tolerancia

hacia la diversidad individual. Las reglas de convivencia de un orden de libertad requieren de los individuos que sean capaces de asumir sus responsabilidades, aceptar la variedad de formas de vida social y competir entre sí cumpliendo las reglas y dentro de un marco general de cooperación. En otras palabras, las instituciones de una sociedad libre requieren de una suma de sentimientos morales correspondientes (de autoconfianza, altruistas y de agresividad controlada), en ausencia de los cuales las instituciones serían endeble, precisamente porque se les entendería como resultados provisionales en una negociación y una renegociación continua de las reglas en función de la correlación de fuerzas. Esto haría irresistible la tentación del oportunismo, del recurso al fraude y a la fuerza, y del desprecio al marco legal de la libertad, a cambio de una ventaja particular. Todo lo cual es incompatible con la supervivencia, a largo plazo, de una sociedad civil.

Nos movemos todavía con suma incertidumbre en el terreno de saber cuáles son los procesos de socialización que favorecen o dificultan el desarrollo de esos sentimientos morales “civiles”. Pero lo que parece relativamente claro es que debemos dedicar más atención a unos foros de socialización que a otros; menos a los de la vida política, la retórica mediática, las instituciones de educación escolar, incluso las de los aparatos formales de las grandes religiones establecidas, y más a los de la producción y la reproducción cotidiana de las reglas de convivencia en el seno de las familias y de las redes familiares extensas. El interés por la contribución de los ancianos y las mujeres al desarrollo de tales sentimientos se deduce, justamente, del reconocimiento de dos datos: uno, de su posición central, y no marginal, en esos foros; y dos, de que en esos foros se están dando, en estos momentos (y en el contexto de una evolución mucho más larga, que no ha sido objeto de mi análisis), experimentos sociales decisivos para encontrar un equilibrio entre los sentimientos a los que nos estamos refiriendo⁷.

⁷Con relación a la literatura sobre la igualdad entre los géneros, mi razonamiento se aproxima al de los autores muy diversos que suelen englobarse bajo la etiqueta genérica del “feminismo de la diferencia”. Éste se distingue del llamado “feminismo liberal” (mencionado en una nota anterior) en que sus defensores valoran de manera más positiva el ámbito privado y las capacidades que se desarrollan en él, que son susceptibles de ser aplicadas en los ámbitos político y económico, y de ser adquiridas por todas las personas, incluidos los hombres. Cfr. Lengermann y Niebrugge-Brantley (1996) y Squires (1997).

Para terminar, quiero subrayar que, con este ensayo, sugiero un equilibrio en las influencias de género y de edad, una reflexión atenta al curso de la evolución y una discusión abierta. No trato, en cambio, de postular un protagonismo de género o de edad, o una suerte de alianza entre ancianos y mujeres para recobrar u obtener poderes perdidos, o que nunca se llegaron a tener. En realidad, las afinidades electivas entre unos y otros pueden dar lugar a operaciones convergentes razonables, o pueden plasmarse en una alianza perversa; por ejemplo, si esa alianza se diera entre ancianos y mujeres “estado-dependientes”, empeñados en la expansión de un estado de bienestar, del que fueran sus principales clientes y sus funcionarios más numerosos (por ejemplo, en los puestos de trabajo de los servicios sociales correspondientes). O fuera una alianza entre ancianos despóticos y mujeres que, no entendiendo las reglas de juego de los mercados abiertos y el *ethos* de una sociedad civil de gentes libres, pretendieran hacer de un país una especie de macro-hogar familiar llevado por una madre-ama de casa con mano de hierro en guante de seda. No hay por qué desdeñar los peligros de la gerontocracia ni tampoco se debe olvidar que la experiencia histórica reciente muestra cómo también las mujeres (como los hombres, aunque en menor medida) pueden admirar y secundar a líderes autoritarios y totalitarios, comprender sus atentados a la libertad y comprometerse en las actividades violentas consiguientes. En otras palabras, la promesa de un futuro más “civil” (o más civilizado) impulsado especialmente por mujeres y por ancianos es simplemente una posibilidad, que igual puede realizarse, que frustrarse..

Bibliografía

Canetti, Elias. 1973. *Crowds and Power*. Harmondsworth: Penguin Publ.

Goody, Jack. 1983. *The Development of the Family and Marriage in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.

Hayek, Friedrich. 1988. *The Fatal Conceit*. Chicago: University of Chicago Press.

Madoo Lengermann, Patricia y Niebrugge-Brantley, Jill. 1996. “Teoría feminista contemporánea”, en George Ritzer (compilador), *Teoría sociológica contemporánea*. Madrid: McGraw-Hill, pp. 353-388.

OCDE. 1996. *Perspectivas del Empleo 1996*. Madrid: Ministerio de Trabajo.

Pérez-Díaz, Víctor. 1997. *La esfera pública y la sociedad civil*. Madrid: Taurus.

Pérez-Díaz, Víctor, Álvarez-Miranda, Berta, y Chuliá, Elisa. 1997. *La opinión pública ante el sistema de pensiones*. Barcelona: Servicio de Estudios de “la Caixa” de Barcelona.

Shorter, Edward. 1975. *The Making of the Modern Family*. Nueva York: Basic Books.

Squires, Judith. 1997. “In Different Voices: the Theory and Practice of Feminist Cultural Politics and Implications for Political Strategies”, ponencia presentada en el *European Consortium for Political Research Joint Sessions of Workshops*, Berna, Suiza, 27 febrero-4 marzo.

ASP Research Papers

Últimos números publicados

- 49(a)/2003 **Evelyne López Campillo**, “Las mujeres en las tierras del islam”.
- 50(c)/2004 **Jean-François Bayart**, “La Turquie, une candidate ordinaire”.
- 51(a)/2004 **Víctor Pérez-Díaz**, “Los puntos débiles de la vida pública española” (también en *Papeles de Economía Española*, 100, 2004).
- 52(a)/2004 **Víctor Pérez-Díaz**, “¿Qué Europa política queremos?” (también en *Política Exterior*, 100, 2004).
- 53(b)/2004 **Víctor Pérez-Díaz**, “The underdeveloped duty dimension of the European citizenship” (también en polaco e inglés en Hanna Machinska, ed., *Idea of Europe/Idee Europy*, Varsovia, Biuro Informacji Rady Europy, 2004).
- 54(a)/2005 **Víctor Pérez-Díaz**, “La casa dividida. El equilibrio inestable de la situación española en la primavera del 2005” (también en *Panorama Social*, 1: 5-16, 2005).
- 56(a)/2005 **Víctor Pérez-Díaz**, “Retos históricos y virtudes cívicas” (también en *Cuadernos de Pensamiento Político*, 9: 19-40, 2006).
- 57(a)/2005 **Víctor Pérez-Díaz**, “La crisis endémica de la universidad española” (también en *Claves de la Razón Práctica*, 158: 38-43, 2005).
- 58(a)/2005 **Víctor Pérez-Díaz**, “Los mayores como una voz equilibrada del futuro” (también en *Revista de Occidente*, 298: 43-71, 2006).
- 59(b)/2006 **Víctor Pérez-Díaz**, “Markets as conversations: Markets’ contribution to civility, the public sphere and civil society at large” (también en *Ces Working Paper*, Harvard University, 141, 2006; en *CiSoNet Perspectives*, European Civil Society Network, Wissenschaftszentrum Berlin für Sozialforschung, 2006; y en Víctor Pérez-Díaz, ed., *Markets and Civil Society*, Nueva York, Berghahn, de próxima publicación en 2007).
- 60(a)/2006 **Víctor Pérez-Díaz**, “Formas modernas de libertad y virtudes antiguas”.
- 61(a)/2006 **Víctor Pérez-Díaz, Juan Carlos Rodríguez, Izabela Barlinska, Susana Mensaque y Pablo Rodríguez Suanzes**, “Política y discusión pública sobre la energía en Francia, Italia y Polonia”.
- 62(a)/2006 **Izabela Barlinska**, “¿Hay una política común de la UE hacia Rusia?” (también en *Análisis del Real Instituto Elcano*, 124/2006).
- 63(a)/2007 **Juan Carlos Rodríguez y Juan Jesús Fernández**. “Los orígenes del fracaso escolar en España: un estudio empírico”.
- 64(a)/2007 **Izabela Barlinska**. “El proceso de ‘descomunización’ y la crisis de la Iglesia en Polonia” (también en *Análisis del Real Instituto Elcano*, 30/2007).
- 65(b)/2007 **Berta Álvarez-Miranda**. “Muslim Communities in Europe: Policies Regarding Islamic Practice and Education in Britain, Germany and France”.

- 66(a)/2007 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez.** “Juventud y riesgos al volante: discusión general y referencia al caso español” (también en Comisión de Expertos para el Estudio de la Problemática de los Jóvenes y la Seguridad Vial, *Jóvenes y conducción: un derecho y una responsabilidad*, Barcelona, Fundación RACC, 2007).
- 67(b)/2007 **Víctor Pérez-Díaz.** “Political symbolisms in liberal democracies” (también en Giovanni Dosi y M^a Cristina Marcuzzo, eds., *L’Economia e la Politica*, Bologna, Il Mulino, de próxima publicación en 2007; y en español como “Simbolismos de poder y de impotencia del estado democrático” en *Actualidad Jurídica*, Uría & Menéndez, 16, 2007, y como “Poder e impotencia de la democracia” en *Claves de la Razón Práctica*, 171, 2007).
- 68(b)/2007 **Joaquín P. López Novo.** “Religion, irreligion and democratic governance: the problem of exclusionary secularism”.
- 69(a)/2007 **Víctor Pérez-Díaz.** “Ancianos y mujeres ante el futuro” (también en *Claves de la Razón Práctica*, 83, 1998).
- 70(b)/2007 **Víctor Pérez-Díaz.** “Vulnerable Gods” (también en Mark Lilla y Leon Wisseltier, eds., *For Daniel Bell (Festschrift for Daniel Bell)*, Cambridge, Mass., 2005).
- 71(a)/2007 **Víctor Pérez-Díaz.** “Tradición ciudadana *versus* tradición cortesana: sociedad civil y política en la España de hoy”.

De próxima aparición

- 72(a)/2007 **Elisa Chuliá,** “Austria y la derecha radical populista: del consenso elitista de la democracia consociativa al empowerment de los votantes en la democracia contestada (1945-2006)”.
- 73(a)/2007 **Juan Carlos Rodríguez y Víctor Pérez-Díaz,** “Discusión y opinión pública sobre la energía nuclear en España”.
- 74(b)/2007 **Elisa Chuliá,** “State, Society and Family Change in 20th Century Spain: The Evolution of the 'Strong Family-Model'”

Libros y otras publicaciones de Víctor Pérez-Díaz y sus colaboradores

Víctor Pérez-Díaz y Joaquín P. López Novo. *El tercer sector social en España.* Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 2003, 407 páginas.

Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez. *La educación general en España.* Madrid, Fundación Santillana, 2003, 532 páginas.

Víctor Pérez-Díaz. *La lezione spagnola.* Bologna, Il Mulino, 2003, 459 páginas.

Víctor Pérez-Díaz, Berta Álvarez-Miranda y Elisa Chuliá, *La inmigración musulmana en Europa,* Barcelona, Fundación La Caixa, 2004, 329 páginas.

Víctor Pérez-Díaz y Joaquín P. López Novo. *El tercer sector, presente y promesa. Un análisis de su problemática general y de su realidad en Galicia,* Santiago de Compostela, Caixa Galicia, 2005, 362 páginas.

Víctor Pérez-Díaz, *Sueño y razón de América Latina.* Madrid, Taurus, 2005, 278 páginas.

Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez. *Los jóvenes españoles ante la energía y el medio ambiente. Buena voluntad y frágiles premisas.* Barcelona, Fundación Gas Natural, 2005, 109 páginas.

Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez. *Desarrollo tecnológico e investigación científica en España. Balance provisional de un esfuerzo insuficiente de catching up.* Madrid, Fundación Iberdrola, 2005, 116 páginas.

Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez. *Innovación e investigación en Europa y América.* Madrid, Fundación Iberdrola, 2006, 182 páginas.

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas.

En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies.

Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.

ASP, Gabinete de Estudios S.L.

Quintana, 24 - 5º dcha. 28008 Madrid (España)

Tel.: (34) 91 5414746 • Fax: (34) 91 5593045 • e-mail: asp@ctv.es

www.asp-research.com